

UN LIBRO DESHONESTO SOBRE LA ECONOMIADE REAGAN

*Este es el título de la colaboración que Paul Craig Roberts envía a The Wall Street Journal y que transcribimos a continuación.*

Si usted se encuentra entre ese tipo de personas a las que les gusta leer libros de historias poco honestas, basadas en el rumor, en la falta de información y en el prejuicio, se sentirá encantado con la obra Day of Reckoning: The Consequences of American Economic Policy Under Reagan and After ("El día del balance: consecuencias de la política económica bajo Reagan y después"), del profesor Benjamin M. Friedman, de Harvard. Su descripción de la Reaganomía cae en el grave pecado académico de ignorar del todo las fuentes originales.

Friedman empieza su libro presentando a la Reaganomía como un fracaso colosal, consecuencia de una irresponsable política de superconsumo, que deja a los norteamericanos el legado de una enorme deuda y tan dependientes de los extranjeros que "peligra incluso -- nuestro papel en el mundo".

A continuación pregunta: "¿Cómo hemos podido llegar a esta situación caótica?" Sus respuestas son dos: "la construcción más favorable" es que Reagan y su Gobierno "creían de verdad" que "los efectos incentivadores de una reducción generalizada de los impuestos personales estimularían de tal forma el trabajo de los individuos y las iniciativas de las empresas que los más bajos impuestos proporcionarían unos ingresos fiscales más elevados".

Un supuesto más tenebroso es que Reagan y sus colaboradores no eran tan estúpidos, y que el déficit refleja un "propósito oculto" a hidden agenda de hipotecar deliberadamente el futuro de la nación como medio para obligar a los norteamericanos a renunciar a muchos de los servicios del Estado que de otra forma habrían podido pagarse y disfrutar".

Friedman no ofrece más explicaciones. Reagan y sus ministros - eran o tontos o hipócritas. "Probablemente no sabremos nunca cual - de esas dos respuestas es la correcta. Según la primera, los orígenes de la política fiscal de Reagan fueron un error de primera magnitud. Según la otra, se trataría de una irresponsabilidad moral de proporciones excepcionales".

Esto es imperdonable, en especial si procede de una persona que pretende ser un iniversitario scholar. Si Friedman se hubiera molestado en consultar algunos documentos oficiales -tales como A Program for Economic Recovery (18/2/1981)- habría visto que los planes presupuestario y económico de Reagan se basaban en el supuesto de que - cada dólar de impuesto rebajado se traduciría en la pérdida de un -- dólar de ingreso fiscal. La "curva de Laffer" no representó ningún pael en esos planes. La previsión del déficit se basó en las estimaciones tradicionales del Tesoro. Es más: como habría revelado la más mínima investigación, la pérdida de ingresos fué calculada de acuerdo con un procedimiento que exageraba incluso la estimación estática.

Por consiguiente, y dado que el déficit no fué el resultado de una subestimación de los ingresos que se hubieran perdido por la reducción de los impuestos. ¿A qué se debió tal déficit?. La respuesta es obvia: el imprevisto colapso en materia de inflación hizo que desapareciera como por encanto de las previsiones para 1981-1986 una - parte del producto nacional bruto valorada en 2,5 billones de dóla-- res que, así, no pudo ser sometida a imposición. Pero en vez de aludir a esta circunstancia, Friedman ha escrito un libro basado en una información falsa.

La inconsistencia en cuanto a los hechos y la falta de respeto a la verdad son corrientes en las universidades norteamericanas del presente. Como Martin Anderson señala en su libro Revolution, muchos universitarios han "abandonado sus cualificaciones profesionales para atacar la política económica de Reagan de forma maliciosa y deliberada, llegando a conclusiones falsas o erróneas".

Cuando Friedman analiza la economía propiamente dicha su juicio no mejora. Parece ignorar que los americanos han disfrutado de seis años de expansión sin inflación, resultado que parecía imposible de

alcanzar en 1981. También olvida que los ingresos fiscales aumentan con la economía, y que no es necesario suprimir "más de 100 m.m. de dólares de gastos presupuestarios al año" para equilibrar el presupuesto. Y tampoco tiene en cuenta que el déficit se ha reducido el 50% como proporción del PNB desde 1983, en que se alcanzó el máximo.

Friedman "prueba" que la inversión de las empresas ha disminuido en los años 80, y no le dice en cambio al lector que la menor inversión neta refleja cambios de la ley fiscal, que desvió inversión hacia los activos de más corta duración (shorter-lived assets), los cuales generan más depreciación y un mayor cash-flow de las empresas.

Dependiendo de los propósitos del autor en cada momento, los tipos de interés vienen determinados por el volumen del déficit o por la política monetaria. Esto cambia de página a página en una sucesión de enigmáticas contradicciones. Los elevados tipos de interés reales hicieron que los norteamericanos dejaran de invertir en Norteamérica, pero fueron la causa de que los extranjeros invirtieran masivamente, "apropiándose edificios para oficinas en las ciudades americanas, casas en sus barrios residenciales, terrenos agrícolas e incluso compañías enteras".

B.M. Friedman cree que unos impuestos más bajos no benefician a las empresas o a la inversión. Afirma que el ahorro no reacciona ante los incentivos y que una política de elevada imposición y de excedentes presupuestarios -ahorro forzoso- es el único medio para elevar la tasa de ahorro. Friedman repite el viejo y equivocado argumento según el cual la gente tiene un objetivo establecido por lo que al ahorro se refiere, y que éste no tiene relación con su coste.

Después de recorrer penosamente la descripción del lamentable estado de la economía norteamericana, así como de soportar el ataque masivo que Friedman realiza contra la economía de la oferta, el lector queda atónito al leer que la solución del horrible problema (dire problem) consiste en elevar el impuesto sobre la renta personal en tres puntos porcentuales. La economía de la oferta sale victoriosa, sin duda, cuando sus opositores más polémicos y más envidiosos -

---

llegan a la conclusión de que una elevación de los tipos inferiores del 15 al 18 por 100, y de los superiores del 28 al 31 por 100, ha de resolver la peor "crisis" que tales opositores pueden imaginar.